

mercado, establecer una serie de precios y mostrar la complementariedad del cultivo de alimentos con la caficultora. Y por último, estudiar el progresivo debilitamiento de las sociedades campesinas, el cual se hace evidente en el censo cafetero de 1970.

No hay duda de que *El café en Colombia* es un punto de referencia fundamental para el conocimiento y la comprensión de la economía, la sociedad, la cultura y la política colombianas.³ También es una notable contribución a la historia económica y social del café.

Rocío Londoño Botero

Universidad Nacional de Colombia

JOHANNA LOZOYA, *Ciudades sitiadas. Cien años a través de una metáfora arquitectónica*, México, Tusquets, 2010, 200 pp. ISBN 978-60-74-211-795

“Si América se ha identificado europea, ¿Europa la ha considerado como tal?”, esta pregunta que expresamente se hace la autora ya casi al final del libro es la que ronda por todo él. Johanna Lozoya ha escrito un libro sobre ciudades que nada tiene que ver con la literatura habitual que se etiqueta bajo ese epígrafe. Definirlo con exactitud requiere de una circunlocución que aluda a la historia de

³ Curiosamente esta obra no tuvo el debido reconocimiento en algunos escritos sobre la historiografía colombiana. Por ejemplo, Jesús Antonio Bejarano no hace referencia alguna al texto de Palacios en su *Historia económica y desarrollo. La historiografía económica sobre los siglos XIX y XX en Colombia*, Cerec, 1994. Tampoco hay referencias en “La cliometría en Colombia: una revolución ininterrumpida, 1971-1999” de Adolfo Meisel. Y aunque Jorge Orlando Melo incluye *El café en Colombia* en la lista de textos que “deben leerse” para comprender la economía y la sociedad colombianas del siglo XX, no lo menciona en su análisis de la historiografía colombiana de la segunda mitad del siglo XX.

la cultura como forma de identidad expresada en el pensamiento latinoamericano de los últimos cien años. No estamos por tanto ante historias de cómo se diseñaron materialmente las ciudades ni el lector encontrará aquí las habituales descripciones de ensanches haussmanianos y de arrabales proletarios. Este libro, concebido y ofrecido como una contribución a la historia de la cultura latinoamericana, parte de la pregunta arriba recordada y reflexiona sobre el lugar que las ciudades y su concepción jugaron ahí.

Me atrevería a decir que el libro de Lozoya, aun ocupándose del momento que corre a caballo entre los siglos XIX y XX y hasta finales de este siglo, va a dar en realidad con un largo momento ilustrado que, si no me equivoco, llega al menos hasta las recientes reformas constitucionales que encabezó Colombia en 1991. En efecto, desde inicios de los noventa y hasta la reciente sanción de las más ambiciosas de esas reformas, la boliviana, buena parte de las repúblicas hispanoamericanas han enfrentado la necesidad de transitar de la república criolla a repúblicas más nacionales y, para ello, plurinacionales. No es casual que un libro como el presente se conciba y escriba en estos momentos pues su perspectiva crítica viene precisamente a incidir mucho en el hecho de que la ciudad, como expresión de cultura, refleja en el espacio latinoamericano una paradoja: mientras en Europa la ciudad se concibe y presenta como el espacio ideal de desenvolvimiento de la libertad de los modernos y responde a relatos de nación que se suponen a sí mismos exitosos, en América Latina responde a otro que se vincula a una idea de derrota. Lo interesante es que la derrota como idea recurrente de esa cultura haga referencia a la del mundo indígena en el momento de la conquista, pues persigue como un estigma a unas formas culturales que nunca, sin embargo, se plantearon una integración cultural efectiva de ese espacio. La propia autora revela en varios pasajes a lo largo del libro que ese nudo gordiano de la cultura latinoamericana de los últimos cien años está en realidad ligado a un problema de fondo que tiene que ver muy de cerca con una de las

aporías esenciales, si no la esencial, de la modernidad en ese espacio: la nación se entendió global desde un principio en el plano de la retórica jurídico-legal pero resultó tremendamente excluyente en su práctica respecto de la mayoritaria parte indígena de la misma y, como consecuencia, generó un problema de interpretación cultural propia que acompaña los dos últimos siglos.

Puede verse mejor el espesor de esta aporía si se dirige la mirada hacia la otra América, la del Norte, que siguió más de cerca el guión ilustrado y creó una nación sólo de “civilizados” dejando sistemáticamente fuera de ella tanto a los indígenas como a los negros. La distancia que va del “We the people” a la nación mexicana formada por seis millones de seres que diópticamente veía Ramos Arizpe en 1823 conformar un cuerpo homogéneo de lengua, costumbres y religión, es también la medida de la diferencia que va del relato de nación desarrollado en ambos espacios en las dos centurias siguientes a sus revoluciones de independencia. La nación estadounidense arrancó, se consolidó constitucionalmente y se forjó (usando todo tipo de recursos, también y abundantemente de los violentos) como una nación puramente euroamericana. Iría luego convidando a indios y negros al festín en la medida en que su reducción o su posición social y económica en el engranaje creado se fue reformulando, pero en ningún momento ha perdido de vista el horizonte, como demuestra la reciente legislación del estado de Arizona sobre inmigración. Las naciones hispanoamericanas, por el contrario, vincularon desde un principio constitucionalmente la idea de ciudadanía a una generalidad que les hizo la digestión de la modernidad política mucho más pesada y que finalmente parece que no tendrá más salida que el reconocimiento constitucional de la plurinacionalidad de sus repúblicas, cosa impensable en Estados Unidos donde ha venido al efecto como anillo al dedo la idea de la multiculturalidad.

Es perfectamente consciente de ello este libro. Una de sus claves está hacia la mitad del ensayo, entre las páginas 62 y 72, donde

explica cómo el ideal mestizo no estaba en el guión original precisamente porque lo había descartado la propia Ilustración. Su ideal de civilización no era en absoluto mestizo, al asumir que respondía sólo a los parámetros de la cultura eurocristiana optimizada por la modernidad ilustrada. Allí lo “indio” entraba únicamente en la medida en que dejaba de serlo, que se “civilizaba”, generando así una interpretación de las culturas prehispánicas que de ninguna manera podían tenerse por clásicas en el sentido que lo eran para Europa las grandes culturas que precedieron a su matriz cristiana. La consecuencia para la filosofía del arte es evidente y se explica diez páginas más adelante: así como el arte grecolatino fue recuperado sin mayores problemas por el discurso de la modernidad e integrado arquitectónicamente, “la antigüedad prehispánica carece de tal resignificación”.

No es de menor entidad el dilema si se contempla, como hace con envidiable pulso Johanna Lozoya, siguiendo la línea de la cultura política que lleva desde la Ilustración hasta las repúblicas y naciones. En efecto, debe recordarse que ni las previsiones del pensamiento ilustrado ni, por supuesto, las del discurso público de la monarquía y ni tan siquiera las de los propios pueblos indígenas en América habían previsto la formulación de una comunidad de nación entre españoles de ambos lados del Atlántico e indios. Sobre los primeros son conocidos de sobra los intentos al respecto de parte americana a través de distintos discursos confluyentes en lo que se ha dado en llamar patriotismo criollo (expresión que habría, por lo menos, que pluralizar). El hecho crítico, coincido con la autora plenamente en ello, fue el momento en que, entre crisis de la monarquía y la conformación de numerosas repúblicas en Hispanoamérica, se propuso una amalgama nacional que implicaba a todas las “naciones” previas. De hecho, la conjunción nacional de españoles europeos y americanos que se promovió en varias sedes constituyentes, Cádiz entre ellas, no fue, ni de lejos, tan problemática ni de tanta consecuencia como la asimilación a

las naciones que se fueron gestando de sus poblaciones indígenas. Todos los textos de esta especie que se produjeron desde 1810 incluyeron al respecto sonoras declaraciones de comunidad de nación entre las distintas gentes que poblaban los espacios a que se referían, entendiendo que la humanidad que habitaba en ellas conformaba de hecho un solo cuerpo sin distinciones nacionales internas. No muchas décadas después o bien se estaba replanteando la posibilidad de recrear repúblicas de indios o bien se estaba legislando la subalternidad por vía de leyes agrarias y de trabajo o bien se estaba pensando, sin más, en el exterminio como solución. Algo había, desde luego, salido mal, sobre todo para esas comunidades imaginadas en aquellos momentos iniciales como partícipes de una nación no tanto por sí mismas como por parte de los ingenieros constitucionales.

Simón Bolívar se quejaba en ese texto que reescribió durante años, entre la *Carta de Jamaica* y su discurso ante el Congreso de Angostura, de que la clase a la que él pertenecía había sido recluida por el sistema colonial en un extraño limbo. Podían enriquecerse, como su familia, pero su lugar estaba en los ranchos, minas y plantaciones y no en la ciudad. Obviamente no hay que tomarse en su literalidad el aserto del genio libertador sino aceptarlo como una alusión a la querrela criolla por la participación en el control del espacio político propio. Eso significaba entonces “ciudad”: el espacio de la política, el lugar donde estaban los magistrados de la república con sus dignos edificios, sus honorables viviendas y sus respetables familias. Lo interesante para el argumento de este libro es que la ciudad fuera un reclamo esencial y que finalmente se convirtiera en el espacio en disputa en el momento en que se conformaron las repúblicas tras el colapso de la monarquía española. Desde entonces las ciudades fueron tomadas, en su literalidad y, sobre todo, en su imagen de espacio público, por los que habían sido hasta entonces los “americanos españoles”. No sólo en los arrabales y en el espacio rural quedaron las otras “nacio-

nes” que desde entonces se entendieron integradas en las naciones surgidas con vestimenta de repúblicas desde los años veinte del XIX, sino que ante todo quedaron fuera de la ciudad como espacio público.

Encuentro especialmente relevante el ensayo de Johanna Lozoya porque se toma muy en serio esta situación de partida para estudiar cómo se concibió culturalmente la ciudad en el espacio latinoamericano en el siglo que va de finales del XIX a finales del XX. Es sabido que la idea motriz de aquella cultura fue el mestizaje como idiosincrasia elevada a valor irrenunciable ya en las décadas iniciales del novecientos. Ahí está justamente el nudo que este texto trata de seguir explicando: cómo, por un lado, obligó casi a asumir el victimismo y, por otro, en realidad dio continuidad a la idea ilustrada de la asimilación civilizatoria.

Cierto que ahí el historiador más generalista va a echar en falta la usual batería de datos sobre cuántos, quiénes y cómo se poblaron las ciudades latinoamericanas y su evolución contemporánea. Es posible que datos de ese tipo o descripciones de otra clase sobre cómo eran en realidad aquellos espacios hubieran completado el panorama. Sin embargo, el lector de este libro debe estar atento al subtítulo del mismo: “cien años a través de una metáfora arquitectónica”. De eso se trata, de dar cuenta de cómo se resolvió en metáfora una paradoja cultural que acompañaba al espacio ibérico de América desde su conformación republicana y nacional, más que de describir un proceso histórico de conformación de espacios urbanos.

José M. Portillo

Universidad del País Vasco

El Colegio de México